



CAPÍTULO XI.

El monte Carmelo. — Sus recuerdos venerables. — Palestina contemplada desde la cumbre de la montaña. — La Santa Biblia vindicada. — Excursion por la Galilea. — Torrente Cison. — Elías acusado como revolucionario. — Su respuesta señaló quiénes deben ser denominados así. — Nazareth. — Casa de la Encarnacion. — Taller de S. José. — Monte del Precipicio. — Mesa de Cristo. — Estacion cotidiana. — Fuente de María. — Imposturas refutadas. — Séforis. — Caná de Galilea. — Reconocimiento de los niños árabes. — ¿Lo aprendieron acaso de los Europeos?

El Carmelo fué tenido siempre como una montaña santa, y venerada del mismo modo que el Siná y el Horeb. Se levanta, cual elevado promontorio, entre Tiro y Cesarea, se extiende como cinco leguas hácia el Oriente, se eleva en su parte mas alta dos mil piés, y se abate variando de formas y aun de nombre durante la larga continuacion de su carrera. En la division hecha de la tierra prometida cayó en suerte á la tribu de Azer, que se acampó al Septentrion, á Zabulon, que plantó sus tiendas al Oriente, y á Issacar, que tomó posesion del Mediodía. El mar baña su base occidental, que en forma de punta elevadísima se introduce hasta muy adentro de las ondas, para anunciar al peregrino que viene desde América ó Australia, que ha arribado á la tierra de sus deseos, y terminado su penoso viaje. Chateabriand pinta con viveza la impresion que causa la primera vista de este monte, donde tantos acontecimientos bíblicos y tantas tradiciones venerables descansan agrupados en rededor de sus colinas y á la sombra de sus terebintos y palmeras. «Me despertó, dice, una confusa griteria, y abriendo los ojos ví á los peregrinos

mirando con ansia á la proa del navío. Todos se apresuraban á señalarme el Carmelo, que no tardé yo tambien en divisarlo, como una figura redonda debajo de los rayos del sol; y entónces me arrodillé segun el uso de los Latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de la Grecia; pero al ver el país originario de los Israelitas y la patria de los Cristianos, me sentí penetrado de temor y de respeto. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo su origen la poesia mas sublime, y donde, aun hablando humanamente, se realizó el suceso mas admirable de cuantos mudaron la faz del universo, cual fué la venida del Mesías; iba á tocar aquellas costas que recorrieron, como yo, Godofre de Bullon, Raimundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel S. Luis cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra, ennoblecida por tan ilustres peregrinos (1)?»

El Carmelo fué la habitacion favorita de los profetas; y los mas grandes sucesos de Elías, el patriarca de todos, allí se encuentran consignados: aquel dejó á Eliseo con su manto la gruta del Carmelo, y despues de este sus discípulos la conservaron hasta la predicacion del Evangelio. Los monjes sucedieron á los profetas, y las grutas habitadas por justos que esperaban á Cristo, lo fueron desde luego por los que profesaron vivir segun la doctrina de este. La santa montaña vió elevarse monasterios sobre sus colinas, y la gruta de Elías fué convertida en templo por los fervorosos cenobitas. Las incursiones del Occidente en el Oriente, que desgraciadamente sucumbieron bajo la espada musulman, trasformaron la silenciosa montaña en fortificaciones militares, y el estampido del cañon retumbó en las grutas de los solitarios, que no escuchaban hasta entónces mas que los gemidos de la peniten-

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.*

cia. Los monjes abrieron sus puertas á los Franceses heridos bajo los muros de S. Juan de Acre; y cuando Napoleon se retiró de enfrente de la plaza, aquellos fueron perseguidos y su monasterio abrasado por las llamas. Un religioso salió de Roma (1) para reparar sus ruinas; y el pachá Abdalah, para desvanecer hasta la sombra de esperanza que pudiera abrigar de realizar su empresa, hizo minar los muros y saltar las piedras de los cimientos. Mas no renunció por eso aquel á su designio: fué á Constantinopla, y mediante las recomendaciones de la Francia obtuvo un firman que permitia la reconstruccion del arrasado monasterio, que no tardó en aparecer levantado por las generosas oblaciones de todo el catolicismo. Este edificio, que puede llamarse magnifico en toda la extension de la palabra, tiene en su centro una bella iglesia consagrada al culto de la Madre de Dios: bñjo del altar mayor se ve la gruta del profeta Elías, desde donde asegura la tradicion haber contemplado este la pequeña nube que subió del mar, y bañó luego toda la tierra con la abundancia de sus aguas, símbolo verdadero de la Virgen María, á quien se dedicó tambien esta cueva convertida en oratorio. Quince cenobitas de la reforma S^{ta} Teresa moran en el convento, en cuyos alrededores no se encuentra habitante alguno, siendo así la representacion mas perfecta que puede darse de la vida solitaria de los antiguos monjes. ¿Qué sentimientos tan profundos despertaba en mi alma el sonido imponente de la campana de média noche, resonando en medio del silencio eternal de aquel desierto! Pero cuánto mas profundos todavía los que le inspiraba el grave y sublime canto de los sacerdotes, que, de entre todas las privaciones de que se compone su vida austera, alzan su voz convidando al universo á *regocijarse en el Señor* (2)! Estas impresiones son

(1) El hermano Juan Bautista, carmelitano, descalzo, que reedificó el monasterio.

(2) *Venite, exultemus Domino!!!*

desconocidas para los que desconociendo tambien el espíritu de los institutos monásticos, preguntan con extrañeza: «¿Qué hacen esos monjes en su desierto?» Lamartine dedica unas pocas páginas de su viaje á estos fervorosos religiosos. «He visto, dice, á uno de los Padres del Carmelo que ha pasado cuarenta años en una casita dando hospitalidad á los pobres: dos veces cada dia subía y bajaba la montaña para ir á orar con sus hermanos. La dulce expresion de serenidad de alma y alegría de corazón que brillaba en sus maneras me asombró.» Este mismo contento que admiraba Lamartine en uno de los religiosos, yo lo encontré en todos ellos sin que me asombrase, porque *el regocijo* es resultado de la virtud del corazón.

No muy distante de la iglesia se ve la gruta de Eliseo, y en ella se cree haber oído el profeta los lamentos de la Sunamítis, que le pedía la resurrección de su hijo; y casi al pié de la montaña está la gran caverna llamada hasta hoy *Escuela de los profetas*, á la que medí veinte y tres piés de largo y catorce de ancho: hoy sirve de almacén á un pescador árabe, por cuya casa es necesario entrar para visitarla. En su rededor se ven algunas otras pequeñas grutas abiertas entre las rocas, que parecen haber sido habitadas en un tiempo por personas que profesaban ermitaje.

En medio del jardín se eleva un modesto monumento de figura piramidal; él cubre los restos de los soldados franceses muertos por los Turcos que ocuparon el monasterio despues de la retirada de Bonaparte.

Sentado en la cumbre del Carmelo me entregaba á meditaciones que inspirá la vista de Palestina. De las faldas opuestas de la montaña veía salir Galilea y Samaria: la feracidad de la primera sorprende; no obstante, sus cerros verdes y sus árboles frondosos parecen humillados delante del Thabor, que levanta su cabeza sobre todos, ostentando la gloria de que lo llenó la majestad del Hijo de Dios. Los campos de Esdrelon y las llanuras de Zabulon, cubiertos de verdura, están

publicando su antigua abundancia; allí crecen la encina y el terebinto, formando bosques á veces casi impenetrables; las vides se agrupan en los bajos que dejan las diversas crestas de los cerros, y en su alrededor se multiplican fácilmente los olivos, las higueras y palmeras. En esta region pintoresca, desierta casi del todo, resuena de cuando en cuando el grito salvaje del Árabe que abre con su arado el trecho de terreno que le producirá pan, ó la carrera del Beduino que atraviesa los valles para ir á guardar en la montaña los despojos del viajero que acaba de robar. El número de las poblaciones que se encuentran en Galilea es reducido como el de sus habitantes; situadas por lo regular en los cerros, nada participan de la belleza del país. El mal gusto y la pobreza de sus edificios, la suciedad de sus calles y habitaciones, las maneras agrestes de sus dueños contribuyen á darles un aspecto bien desagradable; pero sobre todo el aire sombrío y triste que parece dominarlas, se hace trascendental al viajero que las visita. Esta es la fisonomía verdadera de Séforis, Caná, Nain, Nazareth y Tiberíades, de las cuales las dos últimas son las mas considerables.

El aspecto de la Judea es de otra naturaleza: allí se presentan todavía mas al vivo la desolacion, el dolor, la muerte, la maldición de Dios y su reprobacion; sus montañas áridas lo son aun mas por los montones de piedras de que están sembradas, y sus viñedos, sus olivos y sus palmeras no aparecen sino tristes, sirviendo como testigos de una felicidad pasada. Observando aquellas piedras cuidadosamente, fijándose en los restos de los muros que triunfando de la longevidad y de las revoluciones se dejan ver alguna vez, comparando su calidad y su naturaleza, se percibe fácilmente que fueron extraídas de las inmensas concavidades que se encuentran en los cerros, y llevadas para formar los parapetos y barreras que facilitaban el cultivo de aquellos hasta su mayor elevacion. Estas no son simples conjeturas, sino consecuencia que nace de la observacion concienzuda é im-

parcial que haga cualquiera en aquel país. Verdad es que el terreno de la Judea es pedregoso por su naturaleza, y bien lo acreditan las infinitas rocas que lo cubren en parte; pero no lo es ménos que un número infinito de esas piedras que hoy lo inutilizan, llevan esculpidas en sí mismas señales que obligan á reconocerlas como de origen diferente. Aquellos riscos y estos montones de piedras son hoy habitacion de sabandijas que brota un suelo maldito: el chacal se oculta en sus agujeros durante el día, cuando los abandona la hiena y la pantera para ocuparse en sangrientas excursiones. No he visto allí ninguna de esas inocentes avecitas que alegran con su canto otras regiones, ni mas volátiles que cuervos en bandadas que añaden nuevas sombras á un cuadro por sí tan espantoso.

¡Esta es la tierra, sin embargo, que fluía miel y leche, la tierra sobre la cual se derramaban las bendiciones del Cielo, y prometia Dios como herencia á su pueblo predilecto!.... ¡Y dónde están los jardines, dónde los bosques de olivos, vides é higueras bajo cuya sombra descansaba un pueblo fatigado por la guerra? No veo mas que un suelo cortado por profundas grietas, cubierto de ruinas y de piedras que lastiman los piés del caminante, sin exceptuar los mulos y camellos. No obstante, y prescindiendo de la Escritura Santa, donde la voz de Dios consignó aquellas solemnes promesas, esta tierra era famosa entre los Egipcios, Persas y Caldeos por su prodigiosa feracidad: no conocemos algun trastorno natural que haya sufrido, y por consiguiente es necesario buscar otro acontecimiento que haya producido en ella un cambio tan asombroso. Y ese pueblo, innumerable como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo, ¿dónde está? ¿cómo ha dejado desiertas las colinas y los campos donde durante dos mil años cultivó sus huertos y jardines? Ese hogar paterno que oyó los primeros gemidos y recibió el postrer aliento de sus mayores, y cuyo título de posesion era nada ménos que la palabra de un Dios á quien adora, ¿podrá

acaso serle indiferente? Todas las naciones que figuraron en el rol del linaje humano subsisten aun, trasformadas algunas si se quiere por nuevas costumbres, conquistadas otras por diferentes razas, y con su nombre cambiado muchas por el de sus dominadores; mas el hecho es que existen cual página viviente de la historia, que las liga á la gran cadena que forman los sucesos de todos los pueblos de la tierra; sus ciudades conservan regularmente su nombre primitivo, y algunas de sus familias, poderosas ahora dos mil años, vivas aun en sus vástagos que florecen, pueden decir á sus connacionales: «Mirad, aquel es el lugar que habitaron mis abuelos hace veinte siglos...» Pero aquel pueblo cuya historia es la mas antigua del género humano, cuyos historiadores escribieron bajo inspiraciones celestiales, cuyo gobierno teocrático en su primera época es el único de esta forma que ha visto la tierra, y cuya cronología toda es una sucesion de milagros, de profecías y de acontecimientos singulares, ¿qué se ha hecho? De sus grandes ciudades han desaparecido unas, y escombros amontonados sirven como testigos para acreditar que existieron las demas; tumbas de profetas que alzan su cúpula carcomida en el fondo de valles solitarios, pirámides arruinadas que cubren las cenizas de algunos ilustres personajes de sus tribus, sepulcros de reyes y de príncipes que dirigieron los destinos de esta gran nacion hace tres mil años; ¡ved ahí cuanto queda del pueblo mas famoso del universo, y que por consiguiente era llamado á conservarse con preferencia entre todos los demas! ¡Él no existe ya en la tierra de sus padres, en la tierra cuya posesion recibió del mismo Dios! No se ha refundido en otra raza, ni ménos ha cambiado de nombre; él está derramado como el agua sobre la haz de la tierra; su suerte la pintaron los profetas muchos siglos ántes del suceso, y sus predicciones se cumplieron. «Justo es el Señor, leía yo abriendo la Escritura, justo es, y yo le provoqué á ira: oid, pueblos, mis desgracias, y juzgad de mi dolor. Descargó el Señor su indignacion, y nada perdonó de cuanto

habia en la casa de Jacob; destruyó en su furor las fortalezas de la virgen de Judá, las echó por tierra, y amancilló al reino y á sus príncipes. Quebrantó en la ira de su furor todo el poder de Israel, retiró atrás su derecha á vista del enemigo, y encendió en contorno de Jacob fuego como de llama devoradora. Entezó su arco como enemigo, afirmó su derecha como adversario, y mató cuanto habia hermoso á la vista en el pabellon de la hija de Sion. Derramó como fuego su indignacion, se hizo el Señor como enemigo, precipitó á Israel, precipitó todas sus murallas, desbarató sus fortificaciones, y llenó de abatimiento á hombres y mujeres de la hija de Judá. Desbarató como un huerto su tienda, demolió su tabernáculo, entregó al rey y al sacerdote al oprobio y á la indignacion. Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia dada desde tiempos antiguos, destruyó y no perdonó, alegró á los enemigos de su pueblo, y ensalzó la pujanza de su adversario. Pecado grande cometió Judá, por eso su suerte se ha cambiado; marchó á la servidumbre y á la afliccion, se esparció entre las naciones sin hallar jamas reposo. » Hé aquí la triste profecía que descubre el delito y el castigo que obraron aquel grande cambio, y hé aquí la respuesta que se dió hace casi veinte siglos á todos los que contemplando esta tierra infeliz echaron de ménos su abundancia, sus riquezas y sus glorias. Quien medite un instante sobre el estado del país bíblico despues de leer los profetas, y recuerde luego que vió los hijos de Jacob diseminados por Asia, África, América y Europa, conservando siempre su nombre, sus usos y sus tradiciones, verá hasta qué punto se cumplieron aquellas amenazas, vindicando hasta la evidencia la veracidad de la Biblia. Muchas horas estuve sobre la cumbre del Carmelo, y muchas mas habria permanecido todavía: tan solemne, imponente y majestuoso es el cuadro que allí ofrece el brazo de esa inmutable justicia que eleva ó abate las naciones, y robustece ó debilita los tronos de sus reyes. Pero me fué necesario bajar: la noche se acercaba, el sol escondia

sus últimos resplandores en el seno inmenso del Mediterráneo, y desde la altura del Carmelo ya no percibia mas que el Thabor, el Hermon y el Saron, como negras sombras que hacian duelo sobre la tierra de promision rociada con sangre del Justo, cuya muerte allí lloraron los profetas.

Dejé la cumbre del Carmelo, pero no sus apacibles colinas, que se extienden hácia la Galilea, adonde me dirigia, atravesando lugares que hizo memorables la victoria de Débora, y despues ennobleció todavía mas el celo de Elías, tan firme, tan intrépido y tan ilustrado. No tardé en llegar al Cison, cuyas aguas arrastraron los cadáveres de cuatrocientos cincuenta impostores que separaban al pueblo de su religion y de sus leyes. «Él es quien revuelve á Israel,» decian entónces por Elías Acab y todos los demas que quisieran ver triunfantes las supersticiones de pocos individuos que explotaban en su favor la credulidad de un pueblo inclinado á dejarse alucinar. «Él es quien revuelve á Israel.» Mas ¡ah! no era el profeta por cierto, pues no son revolucionarios los que sostienen la dignidad de las leyes, ni ménos lo son los que vindican las instituciones sagradas de los pueblos. Muy fácil es á los que tienen en sus manos el poder dar tales epítetos á los que contradicen sus medidas en oposicion abierta con la ley; pero no es su dicho la voz llamada á juzgar en este caso; ni lo es tampoco la de esa turba interesada que rodea el solio de los grandes, y solo puede medrar con la ruina de sus émulos.

«No soy yo quien turbo á Israel; sois vosotros, que no respetais las leyes, quienes provocais la revolucion,» respondió Elías. Contestacion categórica y la mas terminante que podia dar el diputado legítimo por Dios para enseñar al pueblo el respeto que se debe á la majestad de las instituciones; y contestacion categórica que señala á la vez en los trasgresores de las leyes, sea cual fuere su rango, los verdaderos revolucionarios que comprometen la paz de los Estados poniéndolos al borde de su ruina. La injusticia de la acusacion levantada contra Elías quedó de manifiesto, y el Carmelo y

el Cison brillaron iluminados por el fuego que mandó el Cielo para probar la virtud de su profeta.

Á medida que dejaba atrás los campos de Esdrelon, me acercaba á una escarpada montaña, y despues de algunas horas de fatiga para subirla, me encontré delante de Nazareth, que como una gran fortaleza se extiende en la falda de los cerros. Algunos jardines y olivares se ven contiguos á la ciudad, y muchos mas podria haber si sus cuatro mil habitantes fuesen todos laboriosos. Un convento de Franciscanos se eleva en el centro de la poblacion; penetrando su recinto, cerrado con espesa muralla á manera de castillo, se llega presto á la suntuosa iglesia edificada sobre el lugar donde hace dos mil años habitaba una familia dichosa, sirviendo á Dios en la oscuridad y en el retiro. Ricos mármoles, pinturas exquisitas y bellas colgaduras decoran este edificio; y las armas de los reyes europeos han venido á honrarse en la habitacion humilde de una Virgen de Nazareth. En el centro de la iglesia se descende por dos soberbias escalas de mármol blanco á la pequeña casa donde el ángel Gabriel decia á la mas afortunada de las vírgenes: « Dios te guarde, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres. Una columna de granito está señalando el lugar que ocupó el ángel; un altar soberbio de alabastro indica aquel en que María, turbada y pensativa: « ¿Cómo puede esto suceder, le respondia, cuando yo no conozco varon? » El alma se conmueve cuando colocada en los lugares donde sucedieron estos hechos, palpa, por decirlo así, esos secretos profundos de la fe, que contemplando hacian exclamar al inmortal Bossuet: « ¡Castos misterios del cristianismo, necesario es ser puro para comprenderlos! » En el sitio donde se eleva el altar que yo veía, allí mismo el Hijo de Dios vistió la carne, y el Verbo del Padre se hizo siervo para redimir el linaje humano. Letras de oro grabadas sobre alabastro refieren este misterio incomprensible; gentes venidas de todas las naciones

allí se postran, sellan con sus labios y riegan con sus lágrimas el lugar donde brotó la fuente perenne de la redencion: HIC VERBUM CARO FACTUM EST, leí poseido de un temor secreto, y sin tardar un instante en postrarme en medio de una muchedumbre de todas las comuniones del Oriente. En este lugar subterráneo, trasformado en paraíso por la abundancia del amor de un Dios que abatiendo su dignidad se confundió con sus criaturas, el reconocimiento de estas hace arder á toda hora muchas lámparas que le dan la claridad del dia. El santuario comunica con una gruta cavada en la piedra viva, y que puede creerse serviria para los menesteres interiores de aquella familia santa; convertida hoy tambien en capilla, se ve erigido en su recinto un altar en honor de S. José. En la parte exterior, y que sirve como de atrio al santuario, existen tambien dos riquísimos altares de pórfido, mármol y alabastro, dedicados al ángel Gabriel y á los santos padres de la Virgen María. Las lámparas de plata, los bellísimos cuadros, obra de pinceles sobresalientes, los ornamentos y los mármoles, todos son dones enviados por la piedad de casas reinantes en Europa (D).

Nazareth fué habitado largo tiempo por Jesus, y nos recuerda muchos sucesos de su vida. Allí visité yo el *taller de S. José*, ó el sitio donde la constante tradicion asegura haber trabajado el Salvador en union de su padre putativo en obras de carpintería. En otro tiempo un suntuoso templo, cuyos vestigios aun se ven, cubrió este lugar santo; pero hoy no existe mas que una modesta iglesia distante pocos minutos de la casa de la Anunciacion, y en cuyo pórtico está escrito: HIC ERAT SUBDITUS ILLIS.

Jesucristo, desempeñando su oficio de Mesias, derramó en Nazareth en el seno de los suyos la semilla del Evangelio. « Entrando un dia en la sinagoga, se levantó á leer; y cuando le fué dado el libro de Isaías, profeta, lo desarrolló y halló el lugar donde está escrito: El Espíritu del Señor

mirando con ansia á la proa del navío. Todos se apresuraban á señalarme el Carmelo, que no tardé yo tambien en divisarlo, como una figura redonda debajo de los rayos del sol; y entónces me arrodillé segun el uso de los Latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de la Grecia; pero al ver el país originario de los Israelitas y la patria de los Cristianos, me sentí penetrado de temor y de respeto. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo su origen la poesia mas sublime, y donde, aun hablando humanamente, se realizó el suceso mas admirable de cuantos mudaron la faz del universo, cual fué la venida del Mesías; iba á tocar aquellas costas que recorrieron, como yo, Godofre de Bullon, Raimundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel S. Luis cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra, ennoblecida por tan ilustres peregrinos (1)?»

El Carmelo fué la habitacion favorita de los profetas; y los mas grandes sucesos de Elías, el patriarca de todos, allí se encuentran consignados: aquel dejó á Eliseo con su manto la gruta del Carmelo, y despues de este sus discípulos la conservaron hasta la predicacion del Evangelio. Los monjes sucedieron á los profetas, y las grutas habitadas por justos que esperaban á Cristo, lo fueron desde luego por los que profesaron vivir segun la doctrina de este. La santa montaña vió elevarse monasterios sobre sus colinas, y la gruta de Elías fué convertida en templo por los fervorosos cenobitas. Las incursiones del Occidente en el Oriente, que desgraciadamente sucumbieron bajo la espada musulman, trasformaron la silenciosa montaña en fortificaciones militares, y el estampido del cañon retumbó en las grutas de los solitarios, que no escuchaban hasta entónces mas que los gemidos de la peniten-

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.*

cia. Los monjes abrieron sus puertas á los Franceses heridos bajo los muros de S. Juan de Acre; y cuando Napoleon se retiró de enfrente de la plaza, aquellos fueron perseguidos y su monasterio abrasado por las llamas. Un religioso salió de Roma (1) para reparar sus ruinas; y el pachá Abdalah, para desvanecer hasta la sombra de esperanza que pudiera abrigar de realizar su empresa, hizo minar los muros y saltar las piedras de los cimientos. Mas no renunció por eso aquel á su designio: fué á Constantinopla, y mediante las recomendaciones de la Francia obtuvo un firman que permitia la reconstruccion del arrasado monasterio, que no tardó en aparecer levantado por las generosas oblaciones de todo el catolicismo. Este edificio, que puede llamarse magnifico en toda la extension de la palabra, tiene en su centro una bella iglesia consagrada al culto de la Madre de Dios: bájolo del altar mayor se ve la gruta del profeta Elías, desde donde asegura la tradicion haber contemplado este la pequeña nube que subió del mar, y bañó luego toda la tierra con la abundancia de sus aguas, símbolo verdadero de la Virgen María, á quien se dedicó tambien esta cueva convertida en oratorio. Quince cenobitas de la reforma S^{ta} Teresa moran en el convento, en cuyos alrededores no se encuentra habitante alguno, siendo así la representacion mas perfecta que puede darse de la vida solitaria de los antiguos monjes. ¿Qué sentimientos tan profundos despertaba en mi alma el sonido imponente de la campana de média noche, resonando en medio del silencio eternal de aquel desierto! Pero cuánto mas profundos todavía los que le inspiraba el grave y sublime canto de los sacerdotes, que, de entre todas las privaciones de que se compone su vida austera, alzan su voz convidando al universo á regocijarse en el Señor (2)! Estas impresiones son

(1) El hermano Juan Bautista, carmelitano, descalzo, que reedificó el monasterio.

(2) *Venite, exultemus Domino!!!*

desconocidas para los que desconociendo tambien el espíritu de los institutos monásticos, preguntan con extrañeza: «¿Qué hacen esos monjes en su desierto?» Lamartine dedica unas pocas páginas de su viaje á estos fervorosos religiosos. «He visto, dice, á uno de los Padres del Carmelo que ha pasado cuarenta años en una casita dando hospitalidad á los pobres: dos veces cada dia subía y bajaba la montaña para ir á orar con sus hermanos. La dulce expresion de serenidad de alma y alegría de corazón que brillaba en sus maneras me asombró.» Este mismo contento que admiraba Lamartine en uno de los religiosos, yo lo encontré en todos ellos sin que me asombrase, porque *el regocijo* es resultado de la virtud del corazón.

No muy distante de la iglesia se ve la gruta de Eliseo, y en ella se cree haber oído el profeta los lamentos de la Sumanítis, que le pedía la resurrección de su hijo; y casi al pié de la montaña está la gran caverna llamada hasta hoy *Escuela de los profetas*, á la que medí veinte y tres piés de largo y catorce de ancho: hoy sirve de almacén á un pescador árabe, por cuya casa es necesario entrar para visitarla. En su rededor se ven algunas otras pequeñas grutas abiertas entre las rocas, que parecen haber sido habitadas en un tiempo por personas que profesaban ermitaje.

En medio del jardín se eleva un modesto monumento de figura piramidal; él cubre los restos de los soldados franceses muertos por los Turcos que ocuparon el monasterio despues de la retirada de Bonaparte.

Sentado en la cumbre del Carmelo me entregaba á meditaciones que inspirá la vista de Palestina. De las faldas opuestas de la montaña veía salir Galilea y Samaria: la feracidad de la primera sorprende; no obstante, sus cerros verdes y sus árboles frondosos parecen humillados delante del Thabor, que levanta su cabeza sobre todos, ostentando la gloria de que lo llenó la majestad del Hijo de Dios. Los campos de Esdrelon y las llanuras de Zabulon, cubiertos de verdura, están

publicando su antigua abundancia; allí crecen la encina y el terebinto, formando bosques á veces casi impenetrables; las vides se agrupan en los bajos que dejan las diversas crestas de los cerros, y en su alrededor se multiplican fácilmente los olivos, las higueras y palmeras. En esta region pintoresca, desierta casi del todo, resuena de cuando en cuando el grito salvaje del Árabe que abre con su arado el trecho de terreno que le producirá pan, ó la carrera del Beduino que atraviesa los valles para ir á guardar en la montaña los despojos del viajero que acaba de robar. El número de las poblaciones que se encuentran en Galilea es reducido como el de sus habitantes; situadas por lo regular en los cerros, nada participan de la belleza del país. El mal gusto y la pobreza de sus edificios, la suciedad de sus calles y habitaciones, las maneras agrestes de sus dueños contribuyen á darles un aspecto bien desagradable; pero sobre todo el aire sombrío y triste que parece dominarlas, se hace trascendental al viajero que las visita. Esta es la fisonomía verdadera de Séforis, Caná, Nain, Nazareth y Tiberíades, de las cuales las dos últimas son las mas considerables.

El aspecto de la Judea es de otra naturaleza: allí se presentan todavía mas al vivo la desolacion, el dolor, la muerte, la maldicion de Dios y su reprobacion; sus montañas áridas lo son aun mas por los montones de piedras de que están sembradas, y sus viñedos, sus olivos y sus palmeras no aparecen sino tristes, sirviendo como testigos de una felicidad pasada. Observando aquellas piedras cuidadosamente, fijándose en los restos de los muros que triunfando de la longevidad y de las revoluciones se dejan ver alguna vez, comparando su calidad y su naturaleza, se percibe fácilmente que fueron extraídas de las inmensas concavidades que se encuentran en los cerros, y llevadas para formar los parapetos y barreras que facilitaban el cultivo de aquellos hasta su mayor elevacion. Estas no son simples conjeturas, sino consecuencia que nace de la observacion concienzuda é im-

parcial que haga cualquiera en aquel país. Verdad es que el terreno de la Judea es pedregoso por su naturaleza, y bien lo acreditan las infinitas rocas que lo cubren en parte; pero no lo es ménos que un número infinito de esas piedras que hoy lo inutilizan, llevan esculpidas en sí mismas señales que obligan á reconocerlas como de origen diferente. Aquellos riscos y estos montones de piedras son hoy habitacion de sabandijas que brota un suelo maldito: el chacal se oculta en sus agujeros durante el día, cuando los abandona la hiena y la pantera para ocuparse en sangrientas excursiones. No he visto allí ninguna de esas inocentes avecitas que alegran con su canto otras regiones, ni mas volátiles que cuervos en bandadas que añaden nuevas sombras á un cuadro por sí tan espantoso.

¡Esta es la tierra, sin embargo, que fluía miel y leche, la tierra sobre la cual se derramaban las bendiciones del Cielo, y prometia Dios como herencia á su pueblo predilecto!.... ¡Y dónde están los jardines, dónde los bosques de olivos, vides é higueras bajo cuya sombra descansaba un pueblo fatigado por la guerra? No veo mas que un suelo cortado por profundas grietas, cubierto de ruinas y de piedras que lastiman los piés del caminante, sin exceptuar los mulos y camellos. No obstante, y prescindiendo de la Escritura Santa, donde la voz de Dios consignó aquellas solemnes promesas, esta tierra era famosa entre los Egipcios, Persas y Caldeos por su prodigiosa feracidad: no conocemos algun trastorno natural que haya sufrido, y por consiguiente es necesario buscar otro acontecimiento que haya producido en ella un cambio tan asombroso. Y ese pueblo, innumerable como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo, ¿dónde está? ¿cómo ha dejado desiertas las colinas y los campos donde durante dos mil años cultivó sus huertos y jardines? Ese hogar paterno que oyó los primeros gemidos y recibió el postrer aliento de sus mayores, y cuyo título de posesion era nada ménos que la palabra de un Dios á quien adora, ¿podrá

acaso serle indiferente? Todas las naciones que figuraron en el rol del linaje humano subsisten aun, trasformadas algunas si se quiere por nuevas costumbres, conquistadas otras por diferentes razas, y con su nombre cambiado muchas por el de sus dominadores; mas el hecho es que existen cual página viviente de la historia, que las liga á la gran cadena que forman los sucesos de todos los pueblos de la tierra; sus ciudades conservan regularmente su nombre primitivo, y algunas de sus familias, poderosas ahora dos mil años, vivas aun en sus vástagos que florecen, pueden decir á sus connacionales: «Mirad, aquel es el lugar que habitaron mis abuelos hace veinte siglos...» Pero aquel pueblo cuya historia es la mas antigua del género humano, cuyos historiadores escribieron bajo inspiraciones celestiales, cuyo gobierno teocrático en su primera época es el único de esta forma que ha visto la tierra, y cuya cronología toda es una sucesion de milagros, de profecías y de acontecimientos singulares, ¿qué se ha hecho? De sus grandes ciudades han desaparecido unas, y escombros amontonados sirven como testigos para acreditar que existieron las demas; tumbas de profetas que alzan su cúpula carcomida en el fondo de valles solitarios, pirámides arruinadas que cubren las cenizas de algunos ilustres personajes de sus tribus, sepulcros de reyes y de príncipes que dirigieron los destinos de esta gran nacion hace tres mil años; ¡ved ahí cuanto queda del pueblo mas famoso del universo, y que por consiguiente era llamado á conservarse con preferencia entre todos los demas! ¡Él no existe ya en la tierra de sus padres, en la tierra cuya posesion recibió del mismo Dios! No se ha refundido en otra raza, ni ménos ha cambiado de nombre; él está derramado como el agua sobre la haz de la tierra; su suerte la pintaron los profetas muchos siglos ántes del suceso, y sus predicciones se cumplieron. «Justo es el Señor, leía yo abriendo la Escritura, justo es, y yo le provoqué á ira: oid, pueblos, mis desgracias, y juzgad de mi dolor. Descargó el Señor su indignacion, y nada perdonó de cuanto

habia en la casa de Jacob; destruyó en su furor las fortalezas de la virgen de Judá, las echó por tierra, y amancilló al reino y á sus príncipes. Quebrantó en la ira de su furor todo el poder de Israel, retiró á su derecha á vista del enemigo, y encendió en contorno de Jacob fuego como de llama devoradora. Entezó su arco como enemigo, afirmó su derecha como adversario, y mató cuanto habia hermoso á la vista en el pabellon de la hija de Sion. Derramó como fuego su indignacion, se hizo el Señor como enemigo, precipitó á Israel, precipitó todas sus murallas, desbarató sus fortificaciones, y llenó de abatimiento á hombres y mujeres de la hija de Judá. Desbarató como un huerto su tienda, demolió su tabernáculo, entregó al rey y al sacerdote al oprobio y á la indignacion. Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia dada desde tiempos antiguos, destruyó y no perdonó, alegró á los enemigos de su pueblo, y ensalzó la pujanza de su adversario. Pecado grande cometió Judá, por eso su suerte se ha cambiado; marchó á la servidumbre y á la afliccion, se esparció entre las naciones sin hallar jamas reposo. » Hé aquí la triste profecía que descubre el delito y el castigo que obraron aquel grande cambio, y hé aquí la respuesta que se dió hace casi veinte siglos á todos los que contemplando esta tierra infeliz echaron de ménos su abundancia, sus riquezas y sus glorias. Quien medite un instante sobre el estado del país bíblico despues de leer los profetas, y recuerde luego que vió los hijos de Jacob diseminados por Asia, África, América y Europa, conservando siempre su nombre, sus usos y sus tradiciones, verá hasta qué punto se cumplieron aquellas amenazas, vindicando hasta la evidencia la veracidad de la Biblia. Muchas horas estuve sobre la cumbre del Carmelo, y muchas mas habria permanecido todavía: tan solemne, imponente y majestuoso es el cuadro que allí ofrece el brazo de esa inmutable justicia que eleva ó abate las naciones, y robustece ó debilita los tronos de sus reyes. Pero me fué necesario bajar: la noche se acercaba, el sol escondia

sus últimos resplandores en el seno inmenso del Mediterráneo, y desde la altura del Carmelo ya no percibia mas que el Thabor, el Hermon y el Saron, como negras sombras que hacian duelo sobre la tierra de promision rociada con sangre del Justo, cuya muerte allí lloraron los profetas.

Dejé la cumbre del Carmelo, pero no sus apacibles colinas, que se extienden hácia la Galilea, adonde me dirigia, atravesando lugares que hizo memorables la victoria de Débora, y despues ennobleció todavía mas el celo de Elías, tan firme, tan intrépido y tan ilustrado. No tardé en llegar al Cison, cuyas aguas arrastraron los cadáveres de cuatrocientos cincuenta impostores que separaban al pueblo de su religion y de sus leyes. « Él es quien revuelve á Israel, » decian entónces por Elías Acab y todos los demas que quisieran ver triunfantes las supersticiones de pocos individuos que explotaban en su favor la credulidad de un pueblo inclinado á dejarse alucinar. « Él es quien revuelve á Israel. » Mas ¡ah! no era el profeta por cierto, pues no son revolucionarios los que sostienen la dignidad de las leyes, ni ménos lo son los que vindican las instituciones sagradas de los pueblos. Muy fácil es á los que tienen en sus manos el poder dar tales epítetos á los que contradicen sus medidas en oposicion abierta con la ley; pero no es su dicho la voz llamada á juzgar en este caso; ni lo es tampoco la de esa turba interesada que rodea el solio de los grandes, y solo puede medrar con la ruina de sus émulos.

« No soy yo quien turbo á Israel; sois vosotros, que no respetais las leyes, quienes provocais la revolucion, » respondió Elías. Contestacion categórica y la mas terminante que podia dar el diputado legítimo por Dios para enseñar al pueblo el respeto que se debe á la majestad de las instituciones; y contestacion categórica que señala á la vez en los trasgresores de las leyes, sea cual fuere su rango, los verdaderos revolucionarios que comprometen la paz de los Estados poniéndolos al borde de su ruina. La injusticia de la acusacion levantada contra Elías quedó de manifiesto, y el Carmelo y

el Cison brillaron iluminados por el fuego que mandó el Cielo para probar la virtud de su profeta.

Á medida que dejaba atrás los campos de Esdrelon, me acercaba á una escarpada montaña, y despues de algunas horas de fatiga para subirla, me encontré delante de Nazareth, que como una gran fortaleza se extiende en la falda de los cerros. Algunos jardines y olivares se ven contiguos á la ciudad, y muchos mas podria haber si sus cuatro mil habitantes fuesen todos laboriosos. Un convento de Franciscanos se eleva en el centro de la poblacion; penetrando su recinto, cerrado con espesa muralla á manera de castillo, se llega presto á la suntuosa iglesia edificada sobre el lugar donde hace dos mil años habitaba una familia dichosa, sirviendo á Dios en la oscuridad y en el retiro. Ricos mármoles, pinturas exquisitas y bellas colgaduras decoran este edificio; y las armas de los reyes europeos han venido á honrarse en la habitacion humilde de una Virgen de Nazareth. En el centro de la iglesia se descende por dos soberbias escalas de mármol blanco á la pequeña casa donde el ángel Gabriel decia á la mas afortunada de las vírgenes: « Dios te guarde, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres. Una columna de granito está señalando el lugar que ocupó el ángel; un altar soberbio de alabastro indica aquel en que María, turbada y pensativa: « ¿Cómo puede esto suceder, le respondia, cuando yo no conozco varon? » El alma se conmueve cuando colocada en los lugares donde sucedieron estos hechos, palpa, por decirlo así, esos secretos profundos de la fe, que contemplando hacian exclamar al inmortal Bossuet: « ¡Castos misterios del cristianismo, necesario es ser puro para comprenderlos! » En el sitio donde se eleva el altar que yo veía, allí mismo el Hijo de Dios vistió la carne, y el Verbo del Padre se hizo siervo para redimir el linaje humano. Letras de oro grabadas sobre alabastro refieren este misterio incomprensible; gentes venidas de todas las naciones

allí se postran, sellan con sus labios y riegan con sus lágrimas el lugar donde brotó la fuente perenne de la redencion: HIC VERBUM CARO FACTUM EST, leí poseido de un temor secreto, y sin tardar un instante en postrarme en medio de una muchedumbre de todas las comuniones del Oriente. En este lugar subterráneo, trasformado en paraíso por la abundancia del amor de un Dios que abatiendo su dignidad se confundió con sus criaturas, el reconocimiento de estas hace arder á toda hora muchas lámparas que le dan la claridad del dia. El santuario comunica con una gruta cavada en la piedra viva, y que puede creerse serviria para los menesteres interiores de aquella familia santa; convertida hoy tambien en capilla, se ve erigido en su recinto un altar en honor de S. José. En la parte exterior, y que sirve como de atrio al santuario, existen tambien dos riquísimos altares de pórfido, mármol y alabastro, dedicados al ángel Gabriel y á los santos padres de la Virgen María. Las lámparas de plata, los bellísimos cuadros, obra de pinceles sobresalientes, los ornamentos y los mármoles, todos son dones enviados por la piedad de casas reinantes en Europa (D).

Nazareth fué habitado largo tiempo por Jesus, y nos recuerda muchos sucesos de su vida. Allí visité yo el *taller de S. José*, ó el sitio donde la constante tradicion asegura haber trabajado el Salvador en union de su padre putativo en obras de carpintería. En otro tiempo un suntuoso templo, cuyos vestigios aun se ven, cubrió este lugar santo; pero hoy no existe mas que una modesta iglesia distante pocos minutos de la casa de la Anunciacion, y en cuyo pórtico está escrito: HIC ERAT SUBDITUS ILLIS.

Jesucristo, desempeñando su oficio de Mesias, derramó en Nazareth en el seno de los suyos la semilla del Evangelio. « Entrando un dia en la sinagoga, se levantó á leer; y cuando le fué dado el libro de Isaías, profeta, lo desarrolló y halló el lugar donde está escrito: El Espíritu del Señor

sobre mí; por lo que me ha ungido para dar buenas nuevas á los pobres, me ha enviado para sanar á los contritos de corazón, para anunciar á los cautivos redención y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón. Arrollando aquellas páginas proféticas, y dándolas al ministro de quien las había recibido, empezó á decir en medio del asombro de cuantos le miraban: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos..... Sin duda diréis esta semejanza: Médico, cúrate á ti mismo: todas aquellas cosas que has hecho en Cafarnaüm hazlas también aquí.... En verdad os digo que ningún profeta es acepto en su patria. Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande sequedad en toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo, profeta, mas ninguno de ellos fué limpiado sino Naaman de Siria. » Los miembros de la sinagoga se indignaron oyendo este discurso, porque la verdad mortifica frecuentemente al amor propio: la asamblea se convirtió en tumulto, y Jesús fué arrojado de Nazareth. Pero esta sinagoga de donde el Salvador de los hombres salió entonces ignominiosamente, hoy está convertida en iglesia, donde se le adora como Dios y Redentor, y su doctrina se predica como salvación para el mundo. Yo ví en ella funcionando sacerdotes armenios de la comunión católica.

Jesús, arrojado de la sinagoga y arrebatado por una muchedumbre de furiosos, fué conducido á la cumbre del monte para ser despeñado; las rocas que forman este precipicio son verdaderamente espantosas, y su pendiente recta y profunda; mas el Salvador, cuya hora no había llegado aun, dejando á aquellos enemigos de la verdad, se retiró. Vestigios antiguos manifiestan que allí existió un edificio en otro tiempo, y que probablemente fué alguna iglesia destinada á

recordar aquel suceso de la vida de Jesús. Antiquísimas tradiciones aseguran que la Virgen María, informada del proyecto abominable de los que conducían á su Hijo al precipicio, corrió para salvarle, si posible fuese, y llegada á la mitad del camino, poseída de susto y de pavor, cayó exánime: esta tradición es anterior al tiempo de Constantino, pues en el lugar que se dice haber pasado este suceso, se muestran las ruinas de un convento de monjas que edificó la piedad de santa Helena.

Jesús, resucitado y triunfante de sus enemigos, honró á Galilea con su presencia, y puede creerse que visitaría también á Nazareth; tradiciones piadosas lo aseguran así, y á trescientos pasos de la sinagoga existe una pequeña capilla y en ella la que se dice *Mesa de Cristo*. Es esta una enorme piedra sobre la que creen algunos haber comido el Salvador con sus discípulos. Una inscripción grabada sobre la piedra lo dice también así (E).

Los religiosos de S. Francisco cuidan todos estos santuarios, y en la iglesia de la Anunciación celebran cada día una solemne procesion, en la que llevando los religiosos y los peregrinos cirios encendidos, visitan sus altares y capillas. Pero esta ocupacion devota y de tanta edificacion para los fieles no es la que tienen solamente los sacerdotes que habitan el vasto monasterio de Nazareth. Allí visité dos hermosísimas escuelas, en las que son enseñados ochenta niños y casi igual número de niñas. La escuela de los primeros la hacen los religiosos, y la de las segundas personas seglares de su mismo sexo, pagadas por aquellos. Á los niños pobres se les da además de comer en el convento y á las niñas fuera de él. Allí ví reunirse al sermón de los domingos la parroquia católica latina, que servida por un sacerdote español cuenta ya cerca de mil fieles, que se distinguen por el fervor y sencillez de sus costumbres; y allí, en fin, ví dar lecciones de latin, frances é italiano en un pequeño colegio dirigido por individuos de la misma comunidad. Cuando se con-